

FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR (B)
Homilía del P. Joan Recasens, subprior de Montserrat
7 de enero de 2018
Is 55,1-11 / 1 Jn 5,1-9 / Mc 1,7-11

Estimados hermanos y hermanas,

Como cada año, el domingo que sigue a la fiesta de la Epifanía la liturgia nos propone como clausura de las fiestas navideñas y como inicio de la vida pública de Jesús la celebración de su bautismo en el río Jordán, y a la vez nos quiere hacer recordar la misión que recibimos por parte de Dios en el momento de nuestro bautismo. La fiesta de hoy, por lo tanto, quiere hacernos revivir dos de los hechos esenciales de la vida de todo cristiano: el bautismo de Jesús y nuestro bautismo por medio del cual nos hemos convertido en hijos predilectos del mismo Padre.

Tal como hemos oído en el fragmento evangélico de hoy, Juan decía a la gente que iba a hacerse bautizar, que tras él venía uno más poderoso del que no era siquiera digno de desatarle la correa del calzado. Él bautizaba con agua, pero el que tenía que venir los bautizaría con el Espíritu Santo.

Después de una vida normal como la de cualquier hombre de su tiempo, llega un momento que Jesús se entera que en la otra orilla del río Jordán hay un predicador que bautiza a la gente a fin de preparar los caminos del Señor con un bautismo de purificación y de conversión. Y dejando la casa de sus padres, su pueblo y todo lo que había hecho hasta ahora, se encamina hacia el río Jordán para ser bautizado por Juan el Bautista.

El evangelista Marcos, volviendo al fragmento evangélico de hoy, nos dice que: por aquellos días llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. Apenas salió del agua, vio rasgarse los cielos y al Espíritu que bajaba hacia él como una paloma. Se oyó una voz desde los cielos: «Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco».

Será a partir de este momento que Jesús tomará conciencia de su misión y después de un tiempo de reflexión y de vida solitaria en el desierto iniciará su vida pública de predicador de la Buena Nueva, anunciando a todo el pueblo de los judíos que el reino de Dios está cerca, más aún, que ese reino de Dios tan esperado, de justicia, de libertad y de amor, ya había comenzado. Esto le llevará a peregrinar por toda la Galilea hasta Jerusalén anunciando esta gran noticia: que Dios es Padre de todos y que no hace distinción de personas y que tiene una gran predilección por los pobres y menospreciados de la sociedad.

Al llegar a la ciudad santa de Jerusalén, Jesús experimentará en su propia carne la nueva pascua redentora de pasión, muerte y resurrección. Todo lo que había predicado hasta ahora y que había sido causa de que muchos creyeran en él y lo siguieran, suponía un desequilibrio de las normas preestablecidas y un peligro para el régimen y los privilegios de los poderosos de su tiempo. Realmente no se podía consentir algo así y por el bien de todo el pueblo había que encontrar la manera de eliminar aquel predicador que se presentaba como el enviado de Dios, y es por eso que será condenado por los romanos con la pena más terrible como es la de la muerte en cruz.

Precisamente cuando humanamente parecía que la misión de Jesús había sido un fracaso y que ya todo había terminado, será cuando en definitiva comenzará para la humanidad aquel nuevo Reino de Dios que desde antiguo habían anunciado los

profetas. Con la muerte y la resurrección comienza el tiempo de la Iglesia para todos los que creeremos en Jesús y seamos bautizados con su bautismo de salvación.

San Pablo exhortaba a las primeras comunidades cristianas a que tuvieran presente que se nos ha revelado el amor de Dios, amor que quiere salvar a todos los hombres enseñándoles a abandonar la impiedad y los deseos mundanos, para poder vivir en este mundo una vida de sobriedad, de justicia y de piedad en espera de que se cumpla felizmente la esperanza de que se manifieste la gloria de Jesucristo.

Esta exhortación de San Pablo a las primeras comunidades cristianas se podría aplicar perfectamente hoy en nuestra sociedad actual. Hay que recordar con insistencia que el amor y la misericordia de Dios se nos han revelado en Jesucristo y que todos los que nos profesamos seguidores suyos debemos esforzarnos en ser portadores de paz, de justicia y de amor en este mundo nuestro tan carente de los principios esenciales para una buena convivencia de respeto, de acogida y de caridad.

Esperemos que la fiesta del Bautismo de Jesús nos ayude a tomar conciencia de que, debido a nuestro bautismo, hemos sido llamados a ser otros Cristo en el mundo en el que vivimos, procurando anunciar con nuestra palabra y nuestra vida que el Reino de Dios, de paz, de justicia y de amor, a pesar de todas las miserias que nos rodean, ya puede estar presente entre nosotros si sabemos ser portadores de verdad de esta paz, de esta esperanza y de este amor.